

Mariano Picón Salas

## Nuevas notas sobre un viejo tema histórico

### La caída de Roma y de la civilización antigua (1)

**N**UESTRA simple curiosidad de observadores se ha detenido en estos días en dos pequeños libros nuevos, que aun con el ánimo más prevenido, no pueden sino suscitar la comparación de las causas que produjeron la caída de la civilización antigua, con las que traen a nuestro mundo contemporáneo tan desorganizado política, social e ideológicamente. Son estos dos libros, una luminosa y apasionada síntesis de Ferrero—«La Ruine de la Civilisation Antique»—y un tratado lleno de datos y de hechos del profesor francés G. Bloch: «L'Empire Romain, Evolution et Decadence».

Coordinamos la impresión que nos dejaron estos libros con la de anteriores lecturas históricas y nos tentó trazar un breve cuadro sobre aquel interesante momento de la historia, en que como en nuestra edad, fenecían regímenes sociales y políticos, y los hombres, confundidos y desconcertados, buscaban entre las ruinas de sus antiguas creencias una nueva fe, un nuevo principio de vida.

En la Historia la muerte y el nacimiento de los pueblos y

---

(1) Conferencia a los compañeros del Curso de Historia del Instituto Pedagógico.

las instituciones son fenómenos que se confunden y marchan paralelos, y no puede señalarse como en los tratados didácticos donde termina uno y empieza otro. Este principio que puede ser la base de la Filosofía de la Historia inspiraba ya hace quince siglos a San Agustín su copilación famosa, y lo hacía optimista sobre los destinos del mundo cuando con la caída de Roma parecía haber perecido todo.

En el caos que es nuestro tiempo acaso se esté preparando como en Roma, sobre los restos de nuestras instituciones políticas, de nuestra sociedad dislocada, una nueva Edad Media.

## I

### LA CRISIS DEL SIGLO III

Los historiadores modernos de la decadencia de Roma (Bloch, Ferrero) buscan sus orígenes en lo que han llamado la crisis del siglo III, porque desde esta época a las revoluciones militares que ya conocía el Imperio, se agregan nuevos factores económicos, sociales y hasta religiosos, que conspiran contra la unidad.

Marco Aurelio es el último emperador que reina en paz: después de su muerte, Roma no hace más que disolverse, confundirse, precipitarse en la incertidumbre. Sin atender a los breves reinados de Cómodo y Pertinax, que para el historiador no son más que significativos episodios de la nueva jornada que comenzaba, el fenómeno político más interesante que observamos en el siglo III es la Revolución militar de Septimio Severo, que debilitó para siempre el poder del Senado y entregó el poder a las legiones.

¿Qué representaba el Senado romano en este vasto imperio de 80 millones de habitantes que se extendía a través de pueblos diversos y antagónicos desde las riberas del Rin hasta las del Eufrates? Se le reprocha al Senado romano su incomprensión, su localismo, el estar formado por un patriciado italiano que no veía más allá de los límites de la ciudad de Roma,

Acaso tenía los defectos de todas las aristocracias envejecidas. El senador romano de fines del imperio, en el mejor de los casos, era como ese Simaco que nos pinta Boissier, que vive en su palacio entregado a la retórica—a una amanerada retórica, imitada de la del siglo de Augusto—y al culto de sus dioses familiares. Sus cartas, ricas de toda sutileza de estilo, son solicitadas por la aristocracia ociosa y hasta por los rudos generales del Danubio o de la Iliria. Sin embargo Simaco parece haber vivido sin advertir las grandes crisis de su época. La Roma que vemos a través de él no es la metrópoli turbulenta de los siglos III y IV, llena de extranjeros, de mendigos, de hombres que propagan cultos extraños, sino una ciudad cortesana en donde los patricios se hacen visitas y dan banquetes; se practica una rigurosa cortesía, y un natalicio, una boda, una fiesta familiar, dan ocasión a los panegíricos de los retóricos. Pero el Senado, por el hecho mismo de ser tradicional representaba en este vasto imperio una unidad de ley y de autoridad: legalizaba los actos de gobierno, y romanizaba, por decirlo así, todas las instituciones nuevas, nacidas de este choque y contacto de pueblos híbridos. El imperio se hubiera orientalizado antes de Diocleciano, si el Senado no representara ideas típicamente romanas, como las del gobierno electivo y el formulismo jurídico. Avasallado por Septimio Severo el imperio no va a tener una institución semejante que defienda la tradición romana; que estreche en la letra y procedimientos de las leyes, las ambiciones de los nuevos hombres desconocidos que se apoderan del gobierno, y Roma va a marchar, a través de revoluciones, hacia su definitiva disolución política. Con el Senado parece caer lo que había de latino, de romano, en el imperio.

Desde la muerte de Alejandro Severo, en 235, hasta la proclamación de Valeriano en 253. Roma atraviesa los más turbulentos 18 años de su historia. Las revoluciones militares se suceden: los bárbaros han visto puerta franca para entrar al imperio. Los godos atraviesan el Danubio, los persas invaden la Mesopotamia y amenazan la Siria, los alamanos y los fran-

cos se arrojan sobre la Galia y una nueva raza germánica, los sajones, ha aparecido en las costas galas y bretonas. Valeriano llega al convencimiento de que es imposible controlar en sus manos todo el gobierno, y para atender a las dificultades de la época concibe la desmembración del imperio. Terrible medida destinada a producir el dislocamiento de la civilización antigua, dice Ferrero. Valeriano sucumbe a manos de los persas, y en la época de su sucesor Galiano, no hacen sino recrudecerse estas causas de disolución.

A la crisis política se agrega, desde la época del emperador Galiano, la crisis económica. En muchas provincias el hambre y las terribles pestes del siglo III, la guerra, la inseguridad de la vida a consecuencia de las invasiones, había diezmado la población y en Occidente fué preciso transplantar bárbaros para los cuidados de la agricultura. Así conduce Roma al enemigo hasta el mismo corazón del imperio. La agricultura está pues afectada. Los agricultores, colonos libres, trabajadores esclavos y pequeños propietarios, disminuyen en gran número; la pequeña propiedad desaparece y aumenta la grande. En la inseguridad de la vida y la pobreza que merman el consumo, también decae la industria. Escasea el dinero, porque las regiones mineras han sido invadidas por los bárbaros y abandonadas por los trabajadores y se pagan sobre el capital intereses crecidísimos (12% mensual en tiempos de Galiano). La población de las pequeñas ciudades provinciales emigra a las grandes ciudades en busca de trabajo y forma alrededor de los patricios ricos una turba de solicitantes y mendigos. Desde el tiempo de Alejandro Severo, la moneda está desvalorizada y los pagos en oro se estipulan al peso. La proporción de plata u oro que entra en las monedas va descendiendo y el «*antonianus argentus*» del tiempo de Claudio el Gótico, no tiene de argentus sino el nombre. Contiene 4% de plata.

De todas estas circunstancias nace la crisis social. La antigua aristocracia y la antigua clase media que conservaban la tradición romana son desplazadas por los nuevos ricos provin-

ciales, por los bárbaros que han hecho fortuna, por los toscos soldados victoriosos.

## II

### EL OCASO DEL PAGANISMO

Debilitadas las antiguas instituciones políticas, como el Senado, podríamos preguntarnos qué otras fuerzas de unidad moral tenía el imperio y se nos ocurre estudiar la religión romana. Sabemos hasta qué punto el politeísmo romano fué una religión cívica: el más religioso era también el más patriota; la religión fué esencialmente nacional y conservó contra la filosofía ese carácter de localismo que le daba toda su fuerza de acción. Pero la religión sencilla y austera de un Catón tiene que modificarse en el transcurso de tres siglos, sobre todo cuando Roma es la cabeza de un inmenso imperio, y empiezan a invadirla los cultos de otros pueblos, generalmente más fastuosos y brillantes. Pierde pues la religión romana en unidad de doctrina lo que gana en ostentación y pompa: esta misma confusión de la función política y la religiosa le resta fuerza, pues nunca dispuso el paganismo para su servicio y defensa de una institución parecida a lo que fué después el clero cristiano, ni se templó en la lucha y en las persecuciones como el cristianismo. Aparece como un inerte organismo administrativo o como una flexible superstición a la que pueden agregarse otras supersticiones, ante las multitudes extranjeras que van llenando la capital del mundo.

Aristocrática de suyo, la religión romana debe seguir el destino de esta aristocracia a que sirvió. La aristocracia romana del siglo III ya no es religiosa en el sentido en que lo fué Catón; apenas ha conservado la superstición—esta última fe de las aristocracias envejecidas—ahora exacerbada por los extraños ritos orientales. Se practica la hechicería, se usan amuletos y fórmulas mágicas, y nuestra varita de virtudes ya se conoce en la Roma del siglo III bajo el nombre de «*virgula magica*».

Había espíritus conservadores que se gloriaban de mantener las tradiciones antiguas y el viejo culto. Pero ¡cuánto de ostentación literaria, de capricho histórico había en esos espíritus! En todo caso la vieja religión nacional se había mezclado y confundido mucho, y carecía de cuerpo dogmático para ser un instrumento de unidad.

Cuando emperadores como Aureliano quieren valerse de la religión como arma de gobierno no acuden al envejecido politeísmo romano. «Aureliano instituye oficialmente el culto del sol invictus, proclamando religión del Estado el Mitraísmo latinizado. El Mitraísmo era un culto asiático nacido de una fusión del mazdeísmo con la teología semita y con otros elementos prestados por las religiones indígenas del Asia Menor. Como casi todas las religiones asiáticas el mitraísmo era absolutista y monarquista puesto que enseñaba que los monarcas reinan por gracia divina y reciben como tal de Mitra los atributos de la divinidad y se le hacen con substanciales. La adopción del mitraísmo era un esfuerzo para hallar en el absolutismo místico un principio de legitimidad que reemplazase la antigua validación por el senado y que pudiese sustraer la autoridad imperial al capricho de las legiones sublevadas.»

Pero la divinización del Emperador realizada por Diocleciano, indica hasta qué punto había decaído la antigua religión latina, pues nada más extraño al espíritu de Roma que la concepción del monarca consubstancial con Dios. Ella quebrantaba la organización que hasta entonces tuvo el gobierno en Roma; el sistema de Augusto, de Trajano, de Vespasiano, en que el emperador era un simple mortal a quien podía verse cada día y a cada hora y cuya casa estaba abierta a todos los hombres libres. El emperador no es ya el jefe y el más encumbrado representante de una aristocracia a la que está ligado por nexos de familia, de política o religión, sino un personaje solitario e inaccesible como los déspotas orientales.

El politeísmo romano había perdido, pues, en el siglo IV, toda fuerza viva y batalladora. La religión, aristocrática y nacionalista, se había confundido y disuelto con la aristocracia de

que descendía. Tenía una brillante literatura que animaba a los espíritus cultos como Símaco, Macrobio, Claudiano, pero que no llegaba al pueblo. Era una religión de retóricos y literatos que si bajo su aspecto humano, de cultura, aun estaba esplendorosa, bajo su aspecto divino, religioso propiamente dicho, parecía extinguida.

Más que la literatura pagana de esta época, la literatura de las cartas y de los panegíricos, sutil, amanerada, llena de giros sintácticos, que habían dejado de ser usuales, y de reminiscencias clásicas, debía apasionar a la multitud turbulenta y hambreada la prédica sencilla y hasta grosera de los cristianos, en que el pueblo—siempre dispuesto a protestar—encontraba una crítica permanente a esa sociedad de patricios y funcionarios que odiaba tanto. O los extraños ritos orientales de magia y hechicería cuya pompa isotérica les impresionaría más. Del culto pagano sólo alguna fiesta como la de las Saturnales y los juegos del Circo, interesaban al pueblo. La doctrina les permanecía extraña. Y Juliano, el gran espíritu del paganismo, sólo fué para esta multitud ignara un sacrificador de bueyes.

### III

#### EVOLUCION DEL GOBIERNO

Las reformas de Diocleciano comportaban para las tradiciones políticas que hasta entonces había sostenido Roma una transformación definitiva. Dos fueron en el orden político las principales reformas de Diocleciano: primero, la omnipotencia del poder imperial que separaba al emperador del grupo aristocrático a que servía de representante, y segundo, la formación de una burocracia de empleados y funcionarios, recogida en las diversas regiones del Imperio sin atender a consideraciones de raza o de familia. La aristocracia romana quedaba, pues, subyugada y junto con el pueblo aparecía en el mismo pie de desmesurada desigualdad, en sus relaciones con el emperador.

Ahora bien, la política romana había descansado hasta en-

tonces en la desigualdad social y en el privilegio de una clase patricia cuyo carácter y tradiciones específicamente romanas, imponían entre la multitud de pueblos y razas una unidad, un imperium. Los extranjeros cuyos méritos les hacía ascender a este «élite» social o política, no podían menos que romanizarse o como los nuevos ricos de las sociedades europeas querían olvidar su origen y emparentarse con los antiguos. No hubo defensores más fervorosos de las tradiciones de Roma que estos bárbaros romanizados a quienes el hallazgo súbito de una cultura tan brillante y vetusta producía el asombro de los advenedizos. Mientras que en la aristocracia propiamente romana de los siglos III y IV hallaríamos la indecisión y el diletantismo de nuestras aristocracias de hoy, la indiferencia y escepticismo de buen tono, en estos hombres recién llegados al Imperio todo es admiración y entusiasmo. Así en el siglo V cuando Alarico ya avanza sobre Roma, es un retórico galo, Rutilio Namanciano, el cantor de las viejas glorias romanas: «Escúchame, madre de los dioses y de los hombres, Roma, admitida como una diosa en los cielos estrellados. El sol que lo ilumina todo no parece lucir más que para ti: en tu imperio se levantan sus corceles, en tu imperio se acuestan. Levanta tu cabeza cargada de coronas, oh Roma, y que la vejez de tu cabeza sagrada se orne aún con ramas verdes.»

Burocratizando el Imperio, entregándolo a una multitud de funcionarios sin ninguna restricción de raza o de familia, Diocleciano disolvía lo que había de romano en la organización del Estado. No existirá más una aristocracia mantenedora de la unidad de la tradición romana. En adelante el Emperador luchará solo contra los bárbaros o se confundirá con ellos. Y el Imperio de Diocleciano podrá ser un gran imperio de Occidente o de Oriente pero ya no es un imperio romano. En el siglo IV la vieja ciudad de los césares se ha convertido en una ciudad de provincia. Maximiano reside en Milán, Diocleciano en Nicomedia.

Esta desromanización del Imperio continúa fatalmente con Constantino. Constantino multiplica la burocracia; crea innume-

rables funcionarios; las diócesis en que Diocleciano había dividido el imperio se fragmentan en nuevas diócesis. Todo porque el Estado necesita ser más vigilante; ha perdido su fuerza de cohesión; para precisarlas necesita distribuir más las responsabilidades. Un Estado tan dividido en el interior y amenazado en el exterior requiere considerables fuerzas militares. La separación del poder civil y del poder militar que la antigua Roma no había conocido, fué también una de las reformas de Diocleciano. Éste, frente a los praeses o gobernadores civiles de las provincias coloca a los duces o gobernadores militares. Los poderes territoriales de los duces son determinados por razones militares y no corresponden necesariamente a la extensión de las provincias o diócesis. La división aumenta y el pago de este ejército tan solicitado en el exterior y en el interior pesa sobre los ciudadanos por medio de crecidos impuestos. Además, para aumentar las filas del ejército es preciso reclutar cada día más bárbaros. En una ocasión Constantino aumenta su milicia palatina con 40 mil godos. Fácil es suponer cómo el viejo y compacto ejército romano degeneraba con esta confusión de elementos extraños en una híbrida gendarmería. Y ya no existe ninguna ley, prejuicio o institución que limite la desenfrenada ambición del bárbaro.

En el orden económico nos hallamos desde Diocleciano con un Estado intervencionista. La continua depreciación de la moneda, cuya ley por la escasez de la plata y el oro era cada vez más impura, produjo en tiempo de Diocleciano una extrema carestía de la vida, que el Emperador quiso remediar por medio de un edicto que fijaba precios a los artículos de consumo y penaba frecuentemente con la pena de muerte a los acaparadores de víveres y a los que vendían a mayor precio que el ordenado. Pero el mal tenía causas profundas: el abandono de los campos a causa de las guerras, las conmociones interiores del Imperio, todas las crisis de que hemos hablado anteriormente, y el edicto cayó en desuetud. Constantino quiso remediar la situación económica con medidas análogas e igualmente arbitrarias, como las que impuso a los dueños de navíos de

viajar un determinado número de veces por cuenta del Estado, trasportando provisiones de los países más ricos del Mediterráneo a los más pobres. Para atender a sus compromisos el Estado necesita acudir a la riqueza privada; forzarla por medio de una legislación coercitiva que podemos leer en el «Código Teodosiano»; los ricos cada día se hacen más astutos y suspicaces y encuentran un complicado formulismo para burlar la ley y prefieren esconder su riqueza antes de exponerla en operaciones industriales de que aprovecharía el Estado. Los agricultores prefieren abandonar sus tierras a los colonos que les dan una renta en dinero o especies, antes de cargar con la responsabilidad—dura responsabilidad en el bajo imperio—de ser propietarios. En tiempos de Constantino se ha desarrollado el Colonato.

#### IV

#### LA POLÍTICA DE CONSTANTINO

Un ligero análisis de la política de Constantino nos esclarece la situación por que entonces atravesaba el Imperio. Toda la primera actividad pública de Constantino, desde el año 306 en que se hace proclamar César por sus soldados en el boracum hasta el año 324 en que derrota en Crisipolis a su último rival Licinio, tiende a reaccionar contra el sistema tetrárquico de Diocleciano y a restablecer la monarquía única y universal. Su triunfo contra Megencio en 312 le ha asegurado Italia y el Occidente; su triunfo contra Licinio, el Oriente. Constantino puede ser, pues, monarca único y universal. Pero su triunfo en Occidente no fué sino un triunfo militar: las provincias occidentales estaban devastadas por los bárbaros, despobladas, empobrecidas. En ellas no se puede edificar nada sólido. Y la sede del Imperio no podrá ser ya Roma, ciudad, en medio de un mundo en ruinas. Debe desplazarse hacia Oriente, cuyas provincias son más pobladas, más ricas, menos destruidas por las crisis de los tiempos. Así funda Constantino a Constantinopla. «Pero

trasportar la capital del Imperio al Bósforo—escribe Ferrero—era declarar que la tarea de Roma en Occidente, la última grande obra de la civilización antigua, había terminado y que tiempos nuevos comenzaban.»

En Constantinopla no puede Constantino afirmar, como lo quería, la unidad y continuidad de su imperio. Quizá—influencia del cercano Oriente—empiezan entonces las sangrientas revoluciones de palacio de que Constantinopla será teatro durante tantos siglos. Constantino hace matar a su hijo Crispo y a su mujer Fausta. Y este hombre que desechó la tetarquía de Diocleciano porque buscaba la unidad del imperium, acabó por distribuirlo entre sus tres hijos y un sobrino. «Comprendió que no tenía la autoridad ni las fuerzas necesarias para imponerse a todas las ambiciones de su familia y transmitir el poder a uno solo de sus hijos; prefirió quebrantar el imperio con la ilusión de asegurarle más fácilmente la tranquilidad, satisfaciendo todas las ambiciones rivales que no podía reprimir.» Así después de haber luchado contra la tetarquía volvía a ella, pero en una forma más débil y peligrosa, porque apoyado en el cristianismo no podía como Diocleciano explicar su poder por medio de la divinización del emperador, idea idólatra que hubieran rechazado los cristianos, y su absolutismo no tendría con qué justificarse ni de qué asirse.

## V

### EL CRISTIANISMO

Hemos nombrado el Cristianismo y veremos de qué manera contribuyó a la disolución del Imperio. Historiadores del siglo XVIII y comienzos del XIX como Raynal y Gibbon han exagerado la influencia que tuvo el Cristianismo en la caída de la civilización antigua; hoy sin negar esta influencia, se admite con Bloch que con o sin el Cristianismo el imperio debía sucumbir. Boissier en su libro «El Fin del Paganismo» intenta disculpar o moderar los cargos generales que se hacen a los cris-

tianos de haber quebrantado con sus enseñanzas toda la firme y férrea unidad que constituía la civilización romana. Así el desdén por los deberes cívicos—como el rechazo de algunas magistraturas como las de curiales o decenviros—no se debe según Boissier a la indiferencia con que la doctrina cristiana miraba los servicios al Estado, sino a lo onerosas y comprometidas que habían llegado a ser estas funciones cuando los funcionarios, por el honor y la altura de sus cargos, debían cubrir los gastos que el Estado no podía atender. Durante la crisis económica del siglo IV ciertas dignidades públicas y municipales constituían para quienes las aceptaban un agobiante tributo. «Un magistrado de población pequeña se creía obligado a dar banquetes y juegos a sus administrados, a pavimentar las calles, a reparar acueductos y templos o a construir otros nuevos a sus expensas. Todos intentaban sustraerse a esas pesadas cargas con algún pretexto honroso. Se suplicaba al Emperador que eximiese, y si se tenían a su lado algunos amigos poderosos se acababa por obtener la exención de los honores públicos (*vacationes munerum*).» Más que la doctrina abstencionista de los cristianos pesaba en este caso la razón económica.

Ni es menos débil para Boissier el argumento de que los cristianos tendieron a la despoblación del imperio predicando la castidad a un mundo ya diezmado por las guerras, el hambre y las pestes, y oponiendo el celibato contra el matrimonio. ¿No atacan el fondo de toda la organización social romana fundada sobre la familia, frases como ésta de Tertuliano: «Dios en la antigua ley decía: «Creced y multiplicaos». Dice en la nueva: «Conteneos y que los que tienen mujeres hagan como si no las tuviesen»? Pequeña parte tuvieron según Boissier estas doctrinas en la despoblación del Imperio, porque la vida monástica no viene a desarrollarse plenamente entre los cristianos sino después de Constantino y tenemos otras causas más próximas como las enumeradas anteriormente. La despoblación era un fenómeno que se observaba en Roma desde antiguo. Ya en la época de Augusto se dan leyes contra los célibes porque entonces como en algunas de nuestras sociedades modernas, el

ideal consistía en vivir solo, sin mujer y sin hijos, sin cargas, sin deberes; situación encantadora que los latinos expresan en una frase difícil de traducir para nosotros: «orbitas, praemia orbitatis».

Pero no puede negarse que el Cristianismo realizó en el vasto cuerpo del imperio una revolución social e ideológica cuya magnitud no podemos precisar bien después de tantos siglos, pero que comprendemos a través de los escritores de la antigüedad: de un San Agustín, de un Tertuliano, de un Orosio.

Y nada más extraño al orden y al espíritu de Roma que el Cristianismo. Vimos antes cómo el viejo politeísmo romano fué una religión nacionalista; se identificaba con Roma y sus empresas, sostenía la división jurídica de ciudadanos y peregrinos y proclamaba la superioridad de Roma sobre los otros pueblos. Era como diríamos hoy un culto imperialista. Afirmando que todos los hombres eran hijos del mismo Dios e iguales ante él, el Cristianismo destruía hasta en sus fundamentos el gobierno aristocrático y el principio de desigualdad en que reposaba el estado romano. El sentimiento de patria y de nacionalidad tan firme en el viejo politeísmo aparece quebrantado entre los cristianos para quienes la patria no está aquí abajo, en Roma, en el Imperio, sino en una Jerusalén celeste. Así para el cristiano no es ya un deber servir al estado, aceptar los cargos y los honores públicos si estas funciones le impiden su perfeccionamiento espiritual. Escritores como Tertuliano llegan a hacer un principio de esta abstención de las funciones públicas. Naturaleza ardorosa y llena de escrúpulos, en su deseo de perfeccionamiento, la religión de Tertuliano conduce a una especie de nihilismo e inercia total para todo lo que no se refiera a la conquista del cielo. El cristiano no puede ser comerciante «puesto que el comercio se basa en la avidez y la codicia y el negociante para enriquecerse necesita engañar y mentir». No puede ser arquitecto porque tendría que construir y reparar los templos de los dioses. Artista—pintor o escultor—porque para vender sus obras necesitaría reproducir los personajes o escenas de la mitología que eran los más solicitados. Maestro de

escuela, porque se vería obligado a explicar a los niños libros llenos de fábulas, a enseñarles la historia, los atributos y la genealogía de los dioses.

Fácil es imaginar cómo en un estado necesitado de hombres y ciudadanos útiles, estas ideas le restaban muchos elementos al Imperio. Son hombres que abandonan sus oficios, sus bienes materiales para entregarse al ayuno y la pobreza. Un antiguo romano no podía sentir por ellos sino el desagrado del retórico Rutilio. «Estas personas—dice Rutilio—se privan de las ventajas de la fortuna para evitar sus rigores. ¿Es razonable hacerse desgraciado a sí mismo por el miedo de llegar a serlo? ¡Qué estúpida rabia de un cerebro desquiciado no poder sufrir el bien por el temor del mal!» Y a la presencia de «un hombre rico, de buena casa, que ha abandonado sus deberes de ciudadano, sus amigos, su familia, su esposa, para entregarse al nuevo culto «para enterrarse vivo», exclama: «Desgraciado, piensa que el cielo se complace en el espectáculo de esos seres sucios; tiene gusto en atormentarse a sí mismo, más cruel que los dioses ofendidos. Esta secta, os lo pregunto, ¿no tiene venenos peores que Circe? Circe no cambiaba más que los cuerpos, ahora se cambian las almas.»

Muchos cristianos, porque en el Evangelio se predicaban la paz y el amor entre todos los hombres, se niegan a prestar el servicio militar y a combatir contra los bárbaros. En tiempo de Diocleciano se condena a muerte a Maximiliano, un fanático que se escudaba en la religión para no alistarse en el Ejército. Después San Agustín, espíritu flexible, formula en el siglo V su teoría sobre las guerras justas y sobre las condiciones en que un cristiano puede entrar en la guerra.

Ni era menos grave la desertión que el cristianismo producía entre las clases más elevadas e instruidas de la sociedad restándole gobernadores como Paulino de Nola, profesores como San Agustín, abogados como Prudencio. Esto coincide con la decadencia de la cultura antigua, que repitiéndose incesantemente de generación en generación a través de los maestros de Retórica, había perdido en el siglo IV toda novedad:

no representaba nada ante las grandes crisis de la época; la enseñanza era exclusivamente literaria y el paganismo no daba ya escritores que interpretaran su tiempo como lo hicieron en lo antiguo Cicerón o Lucrecio. Cultura estancada compuesta de fórmulas para escribir versos o discursos: la agitación de la época parecía detenerse en las puertas de las escuelas de Retórica. Los grandes espíritus apasionados poseídos de una misión propia y avasallante como San Agustín y San Ambrosio, tenían que rebelarse contra esa cultura. Y en el cristianismo, en cambio, cuántos tesoros desconocidos se les ofrecían. La sorpresa de un mundo y una religión nueva; nuevos conceptos de vida y de justicia que no tenían equivalentes en la Literatura antigua, el lenguaje tempestuoso de un San Pablo, la gracia primitiva y sencilla de los Evangelios. Son los espíritus más valerosos, más audaces, aquellos de quienes se podía esperar más, los que desertan. En el paganismo se quedan los tímidos, los tradicionalistas, aquellos a quienes basta seguir imitando a Horacio.

Y el Cristianismo ha realizado una firme y recia selección con las persecuciones. Se ha templado en ellas y ha adquirido la disciplina y la unidad que le faltaban al Imperio. Será otro Imperio dentro del Imperio.

Constantino pensó aprovecharse del Cristianismo como instrumento de gobierno y unidad política. «Pero el Cristianismo—dice Ferrero—no era una religión que pudiese servir de elemento político en las manos del Estado como las diferentes religiones paganas. Tenía una moral y una doctrina independientes que ningún estado podía modificar para sus fines políticos. Constantino no tardó en advertir esto cuando las herejías largo tiempo limitadas por las persecuciones, estallan como una fuerza destructiva de la paz y el orden, tan pronto como el cristianismo introdujo una nueva fuerza disolvente: las disputas teológicas. La historia de la gran herejía arriana es la prueba de ello.»

Pero—agregamos nosotros—si el Cristianismo por la nueva concepción de la vida que traía al mundo fué una de las fuerzas

que desquiciaron la civilización antigua, también fué lo que preparó al Occidente europeo para una nueva edad. Es la única luz que brilla en el espantoso caos en que se convierte la Europa después del siglo V. Por el Cristianismo el mundo bárbaro volverá a encontrar después de muchos tanteos, luchas de pueblos y de razas, el camino de la unidad. En la iglesia organizada como un estado desde el siglo IV, renacerán adaptadas a los nuevos tiempos algunas de las instituciones de disciplina y unidad del viejo imperio romano. Es la Iglesia con sus monjes la que guarda en medio de este desconcierto la cultura antigua. Ella es el poder espiritual que refrena a los bárbaros. Es la nueva Roma que une y organiza a los pueblos más diversos. Ha creado una literatura, una filosofía, y ellas serán el alimento intelectual de Europa hasta que hombres como Tomás de Aquino y Dante Alighieri realicen la síntesis de dos mundos. Y desde el siglo XIII la civilización reconstituída continúe andando.

## VI

### EL FIN DEL IMPERIO

Todas estas causas de disolución de que hemos hablado anteriormente no hacen sino acrecentarse después de la muerte de Constantino. En el siglo IV—dice Lavissee—«la sociedad se desorganiza y el gobierno hace los más grandes esfuerzos por retener a cada uno en su lugar, al curial en la curia, al colono en el colonato, al obrero en su ocupación». Constantino y sus sucesores han querido establecer un gobierno absoluto y unitario, cuando ya estaban destruídas las bases y los principios que en la vieja sociedad pudieran sostenerlo. La numerosa burocracia del bajo imperio no es sino la manifestación de debilidad de un estado que, temeroso de caer, redobla su vigilancia, reparte las funciones públicas, complica la administración como creándose obstáculos y defensas. Pero el mantenimiento de esa burocracia, del Ejército, de la corte fastuosa de que el

Emperador se rodea como para imponer más los atributos de su autoridad, gravita sobre el pueblo por medio de impuestos cada día más pesados. Desde el siglo IV el Imperio atraviesa por una horrible crisis fiscal. Impuestos como el de la anona obligan a ciertas provincias a entregar al Estado determinada cantidad de provisiones que éste reparte; la jugatio y la capitatio son tributos que pesan sobre los agricultores y aún sobre los pequeños propietarios. Los cargos municipales que antes fueron un honor que se repartía entre los patricios y clases acomodadas, constituyen para quienes los aceptan en el siglo IV el más agobiante tributo, porque corresponde a los curiales recoger la contribución de las ciudades; estas están agotadas, la ley señala el impuesto invariable que corresponde a cada ciudad y los curiales o las expolían y saquean arrastrando el odio público, o se ven forzados a sacrificar su propio peculio para responder. Como algunos rechazan estos cargos se les obliga por medio de leyes coercitivas. Un gran estado ocioso, un gran estado que necesita mantener «la fidelidad de un ejército híbrido y desmoralizado por medio de constantes donativos y gratificaciones a los oficiales y soldados; alimentar y divertir al populacho de dos capitales, sostener dos cortes suntuosas y a veces más de dos», acude para todo a los pocos hombres que en el Imperio producen. Estos escasean porque muchos propietarios prefieren abandonar sus tierras antes que entregarlas a la expoliación de los recaudadores. Tantos son a comienzos del siglo V que un edicto de Honorio castiga severamente a los agricultores que desertan de sus campos. Frente a estas clases explotadas—agricultores, trabajadores del campo y de la ciudad, artesanos—existen clases privilegiadas que han crecido en la burocracia y la corte aparatosa del bajo imperio: los senadores, el ejército, los profesores de Gramática y Elocuencia, los numerosos funcionarios de la Casa Real, están exentos del impuesto.

Como un gran cáncer se extiende la disolución por todas partes. El ejército cada día debe aumentar sus contingentes bárbaros porque no es en las ciudades más civilizadas del imperio, en el populacho enervado por los juegos del circo,

donde se pueden buscar los más aguerridos soldados. Las luchas religiosas—terrible elemento de discordia interior—recrudescen después de Valentiniano, cuando Teodosio persigue al paganismo y a las sectas cristianas disidentes. El tibio paganismo de la aristocracia romana parece renacer con sus desgracias: los reveses que sufre el imperio son para estos paganos la venganza que toman los dioses ofendidos. Se niegan a servir con estos emperadores que no escuchan los mandatos de los dioses. El poeta Claudiano se hace el intérprete del odio que el viejo paganismo romano sentía por Constantinopla, por esa corte híbrida del bajo imperio que ya no representa ninguna tradición religiosa o política: «Todos los prodigios han sido superados—dice en su poema contra Eutropio—; un eunuco es cónsul. ¡Que el cielo y la tierra se enciendan de vergüenza! Esta vieja bruja disfrazada de hombre se muestra en las calles cubierta con la toga, y deshonra el año que va a llevar su nombre. Oh, nobles bizantinos, oh, romanos de Grecia, pueblo digno de tu Senado; Senado digno de tu Cónsul.» La comunidad cristiana cuya firme unidad pensó Constantino aprovechar para reconstituir la vacilante unidad del Imperio, también se debate en la discordia: han nacido las herejías, arrianismo, priscilianismo que convierten las luchas religiosas en apasionadas guerras civiles. Cada secta quiere prevalecer. Teodosio impone a todo el Imperio la doctrina homusiana, y en Teodosio—escribe Oncken—el mundo conocerá por primera vez la intolerancia religiosa española.

La vida monástica se ha desarrollado también en el siglo IV y es la tristeza de los tiempos, la agitación de un mundo desgarrado, en perpetua zozobra, lo que ha conducido a la soledad a grandes espíritus como San Jerónimo o San Paulino de Nola.

Así empieza el siglo V. Son entonces los soldados bárbaros que el Imperio tiene a sueldo, su más firme y segura defensa. Los bárbaros también han dado al imperio su último grande hombre de estado: Estilicón. Pero el débil emperador Honorio lo ha sacrificado a sus temores y a la envidia de sus cortesa-

nos. Con Estilicón ha perecido el último gran general romano. Y en 410 las huestes de Alarico se pasean sin obstáculos por Italia. Toman por asalto a Roma, la entregan a la destrucción y al pillaje.

Han comenzado las grandes irrupciones bárbaras. Desde 410 hasta 476 «una sucesión de emperadores sin poder, creados por los bárbaros o por el Senado, pretenden mantener la existencia nominal del imperio de Occidente. Rómulo Augústulo, el último de aquellos fantasmas, fué expulsado en 476 por Odoacro, quien proclamado rey de Italia por los bárbaros confederados, envió los ornamentos imperiales al emperador de Constantinopla, pidiéndole el título de patricio». Así concluyó el imperio de Occidente.

## VII

### EL DESTINO DE LA CULTURA ANTIGUA

De toda esta cultura antigua—griega y latina—, la de Homero y la de Sócrates, la de Virgilio y la de Cicerón que había mantenido al Occidente europeo por más de doce siglos, no todo va a perecer bajo la confusión bárbara. Para los habitantes de Roma la destrucción de la ciudad por Alarico, produjo un desasosiego irreparable. Desde antiguo se llamaba a Roma «la ciudad eterna» y hasta en los documentos oficiales de esta época, en las leyes y decretos de los emperadores, no se le designa sino con este apodo glorioso. Para los paganos los dioses velaban por la ciudad y el poeta Claudiano, el más autorizado intérprete del paganismo en el V siglo había escrito que la dominación romana no tendría término. Hasta los escritores cristianos como San Jerónimo que frecuentemente habían maldecido a Roma por su voluptuosidad, su afición a los juegos sangrientos, su indiferencia religiosa, se sienten conmovidos, y desde su retiro de Belén, San Jerónimo escribe en su comentario al profeta Ezequías: «La antorcha del mundo se ha extinguido y en una sola ciudad que se derrumba es el género

humano que perece.» Hay pues en los espíritus un pesimismo tan inconsolable, cuanto era de imprudente su fe anterior en los destinos de la civilización romana. San Jerónimo comentando a los profetas hebreos—a Ezequías y Jeremías, los predicadores de la muerte—es un buen representante de esta época.

Sin embargo en estos mismos días San Agustín y un discípulo de San Agustín, Pablo Orosio, escribían dos libros que vale la pena comentar porque revelan una actitud diferente y anticipan la transformación que sufriría el mundo. A ese mundo desengañado que se deja morir sin fe en nada, San Agustín le abre una esperanza en «la ciudad de Dios». Quiere que el mundo ya no se divida en romanos y bárbaros sino en fieles y en infieles. El mundo ha estado esperando el reino de Cristo: hasta en los filósofos griegos como Platón late esta inquietud, se columbra en la lejanía esta dulce esperanza, y el mundo aún no puede morir. Para San Agustín en Roma no ha acontecido más que lo que aconteció en las guerras de los pueblos antiguos. Su vasto libro no es tan sólo un comentario de la doctrina cristiana, sino una especie de enciclopedia de las cuestiones de su tiempo. Para probar su tesis acude hasta los escritores paganos, a Platón de quien dice «que la fuerza de su genio lo elevó de la inteligencia de las obras visibles de Dios a la de las grandezas invisibles». Parece anticiparse así a esa síntesis de dos ideas opuestas—la filosofía pagana y el cristianismo—en que trabajará la Edad Media y que concluirá la Edad Moderna. En cuanto a Pablo Orosio su tesis se puede resumir en que no hay que desesperanzarse: que el mundo y hasta la misma Roma han sufrido desgracias más terribles que las actuales, y no por eso han dejado de vivir. Recorre la historia universal y enumera en una mezcla confusa de verdad y mitología todas las calamidades de que se tiene noticia, para probar su argumento. «Lo que hace resaltar esta compilación de Pablo Orosio—escribe Boissier—, lo que le da, a pesar de sus debilidades, una gran importancia, es que es el primer ensayo de una historia que no se encierra en los límites de una nación y com-

prende la humanidad entera; es que trata de desprender de la serie de los acontecimientos la ley que los rige y los explica.»

En todo caso, y es lo importante para nosotros, no desaparece en este instante de ruina y de confusión el sentimiento de la continuidad histórica.